

Homilía Capitulo Provincial

07 de noviembre día de todos los santos de la Orden de Predicadores

Apreciados hermanos: hace unos días celebrábamos, como Iglesia, la comunión de la santidad de aquellos que ya en los altares o el anonimato gozan de la plenitud de la gloria de Dios en la eternidad. Hoy, nuestra Orden, nuestra familia, celebra la santidad, la vida de gracia de sus hijos que, viviendo a plenitud el carisma de Domingo de Guzmán encontraron en el Señor la verdadera plenitud de la vida. Durante este capítulo ha resonado de manera fuerte la necesidad de volver a Dios, de centrar nuestra experiencia de vida religiosa en la persona de Jesús. Bien lo ha referido el padre fray Germán en su homilía: “es necesario que volvamos a Dios, que nos comprendamos desde él”. Necesitamos reencontrarnos con Cristo, vivir a plenitud nuestro bautismo y nuestra consagración religiosa.

La Santidad de nuestra Orden reflejada en tantos hermanos elevados a los altares, nos invita el día de hoy a, no solo pensar en aquello que debemos hacer como provincia por el mundo o por la Iglesia. Es necesario tomar conciencia de todo lo que debemos hacer por aquellos que hemos decidido ser parte de esta familia. Celebrar la santidad de la familia dominicana nos permite reconocernos como eso, familia, que caminamos juntos hacia la plenitud. Cada uno de nosotros ha tocado las puertas de esta casa para hallar plenitud, para hallar la santidad. Es evidente que todos tenemos motivaciones humanas para estar aquí, y eso es tremendamente válido; pero, si esas motivaciones no están acompañadas por la urgencia de la santidad, se va diluyendo nuestra opción fundamental.

Celebrar la santidad de nuestros hermanos y hermanas, no solo puede quedarse en recordar, en hacer memoria. Hoy más que nunca el mundo necesita de testimonio de bondad, de bien, de entrega, de verdadera fe y confianza, de abandono. Con seguridad, por más que ordenemos o exhortemos en las actas de este capítulo, sino hacemos vida en nosotros a Jesucristo, como nuestro centro y primera opción, se quedará todo en el papel.

El santoral de la Orden es rico en experiencias de vida cristiana, como dice el libro del Sirácida, allí encontramos hombres y mujeres de bien, consejeros por su inteligencia, profetas, guías del pueblo de Dios, poetas y músicos. Hoy recibimos de estos hermanos mayores sus riquezas de vida y entrega, construyeron y dejaron una huella en nuestra amada Orden; hoy, la tarea es nuestra; la Orden urge de hermanos y hermanas, no solo con su mirada puesta en Cristo, sino la vida misma, de aquellos que buscan lo esencial, lo verdaderamente cristiano, y muchos dirán y ¿qué es lo verdaderamente cristiano? Pues, es sencilla la respuesta, Cristo mismo, por aquel que lo hemos dejado todo, nos hemos hechos pobres para enriquecernos de él, en definitiva, para alcanzar la santidad y la felicidad plena.



No se puede entender la santidad como un estado quieto, no. La santidad implica búsqueda, camino, seguimiento, conocimiento, profundidad y conversión, y eso es nuestra Orden, nuestra amada Orden. Ella como madre nos propone y nos capacita para hallar con certeza, para caminar con seguridad, para conocer y profundizar sin mezquindad. Invoquemos, pues, a todos nuestros hermanos que, en la Orden de Domingo, brillan en el cielo con la luz de Dios, para que guíen cada uno de los esfuerzos de estos días, para que acompañe a cada hermano, a cada comunidad a vivir plenamente la vida en Cristo.